

Ruiz de Azúa y Martínez de Ezquerecocha, Estíbaliz: *La congregación de San Ignacio. El asociacionismo vasco en Madrid en el umbral del siglo XX*. Vitoria, Gobierno Vasco, Colección Urazandi, 2018. 320 pp.

La introducción y el epílogo del libro escrito por la profesora Estíbaliz Ruiz de Azúa y Martínez de Ezquerecocha condensan el objetivo que se ha propuesto la autora al acercarse al estudio de la Congregación de Naturales y Oriundos de las tres Provincias Vascongadas: conocer el mundo asociativo de la España del siglo XIX. Asistimos a lo largo de más de trescientas páginas al estudio minucioso de la que fue más conocida como Congregación de San Ignacio, fundada en 1715 y aún hoy viva y muy activa. Su objeto de estudio, claramente delimitado alrededor de las actividades, estructura y paisaje humano de esta Congregación, nos acerca a un ámbito historiográfico que, sin ser tal vez el más transitado por los historiadores, nunca ha dejado de interesar: el asociacionismo. Son ya clásicos los trabajos de Elena Maza, catedrática de la Universidad de Valladolid, quien ha marcado una línea de investigación continuada por otros especialistas como los profesores Rafael Serrano García y Pilar Calvo Caballero; o los del Grupo de Estudios de Asociacionismo y Sociabilidad, de la Universidad de Castilla-La Mancha. Lo mismo puede decirse de los libros coordinados por los profesores Ramón Arnabat y Montserrat Duch, quienes han tratado de reflexionar acerca de la relación entre sociabilidad y asociacionismo y se han ocupado especialmente de las sociedades de carácter popular. Son también ampliamente conocidos los entornos asociativos de las elites, en trabajos como los desarrollados por María Zozaya, Rafael Villena, etc. Vamos teniendo noticia, pues, de las diferentes manifestaciones que el fenómeno del asociacionismo ha generado en la España contemporánea, desde las sociedades de recreo a las de socorros mutuos, pasando por las de tipo político o deportivo.

El trabajo de la doctora Ruiz de Azúa se une, pues, a esta corriente aportando las peculiaridades que se derivan de una asociación que, partiendo de un modelo asociativo propio del Antiguo Régimen (que se articulaba alrededor de congregaciones religiosas y parroquias), se proyecta hacia la sociedad burguesa del siglo XIX, adaptándose a los requerimientos y necesidades de la modernidad. La Congregación de San Ignacio tiene, además, la particularidad de que aglutinó a los vascos residentes en Madrid. Es decir, que nos ofrece también la visión de aquellos que encontraron en la congregación una forma de mantener los lazos con el lugar de origen, procurando así no perder las raíces, unas raíces que, por otra parte, germinaron en la capital a través de diversas actividades que también son objeto del interés de la profesora Ruiz de Azúa. En definitiva, la clave de este estudio estriba en las personas, en los individuos que, por razones diversas, abandonaron su localidad de nacimiento y se dirigieron a Madrid en un momento en que, tras la Guerra de Sucesión, se abrían nuevas oportunidades con los Borbones recién llegados a España, o los que, ya establecidos en la capital, encontraron en la Congregación un punto de conexión entre ellos.

A lo largo de cinco capítulos se desgrana la trayectoria de la Congregación de San Ignacio partiendo desde sus orígenes, aunque centrándose en el siglo XIX y finalizando en los inicios del siglo XX. Antes de comentar las cuestiones más destacadas que se tratan en el libro es importante hacer mención a las fuentes que han servido de soporte a este trabajo porque son precisamente las fuentes las que le otorgan la solidez que permite hablar de él como de un texto de primera importancia para conocer no solo la emigración vasca, sino también la vida social y económica del Madrid del siglo XIX. Una parte de la documentación generada por la propia Congregación se destruyó durante la guerra civil de 1936, por lo que ha sido necesario recurrir a otras fuentes para reconstruir la historia de la institución. Sin embargo, estas otras fuentes no solo han sido útiles para ese proceso de reconstrucción, sino también para conocer a los protagonistas: a los sujetos que fueron, en última instancia, los artífices que han mantenido viva a la cofradía a lo largo del tiempo. Sin los individuos, las asociaciones no tienen sentido. Como indica la autora, se ha tratado de un largo periodo de búsqueda en archivos como el del Palacio Real, los de Protocolos Notariales de Madrid y Vizcaya, el Histórico Nacional, el General de la Administración o el Archivo de Villa (Madrid), así como en la prensa, consultada en la Hemeroteca Nacional (Biblioteca Nacional de España), y en la bibliografía de la época.

De entre las diversas cuestiones que merecen atención en el libro destacaría en primer lugar el espacio a través del que la Congregación adquirió su sentido: la Iglesia de San Ignacio, situada en la céntrica calle del Príncipe nº 31, en Madrid. La iglesia fue lugar físico de devoción, pero también lugar simbólico de encuentro en el que los emigrantes podían intercambiar experiencias y revivir recuerdos. El capítulo segundo aborda precisamente las circunstancias de la construcción del edificio y de su evolución a lo largo del siglo XIX, el significado de la advocación de San Ignacio de Loyola y el reflejo que proyectó sobre ella la antigua Real Congregación de San Fermín de los Navarros, fundada a finales del siglo XVII en Madrid. El espacio físico, la iglesia, condicionó también la actividad que principalmente desarrolló la cofradía: la atención a los más desfavorecidos. Aquí entraríamos en otro de los grandes temas que se abordan en este libro: el ejercicio de la beneficencia. En este sentido, la autora reflexiona acerca de ello en el siglo XIX y de los cambios que se produjeron como consecuencia de la desamortización en una labor que había estado ligada tradicionalmente a las instituciones religiosas. A lo largo del siglo, la beneficencia se convirtió en uno de los ámbitos de combate entre la Iglesia y el Estado, dado que se trataba de una actividad que tenía unas evidentes repercusiones sobre el control moral y material de la población.

Aparte de la beneficencia y del papel de la Congregación en el desempeño de esta actividad de atención a los emigrados con más necesidades, la otra gran cuestión que se aborda en el libro es la sociología de los miembros de la entidad. En los capítulos tercero, cuarto y quinto la autora nos presenta el paisaje humano del que hablábamos antes. Se trata, por una parte, de conocer las actividades profesionales desempeñadas por los congregacionistas, lo que nos ayuda a entender su incardinación en la sociedad madrileña de la época. Se observa que, aunque hay una vocación comercial clara, los emigrados vascos en Madrid desempeñaron una gran diversidad de profesiones que van desde el ejército hasta el funcionariado. La profesora Ruiz de Azúa nos ofrece una panorámica social de amplio alcance, producto de un minucioso estudio de los individuos objeto de su interés, a través de la que podemos comprobar cómo se integraron en todas las escalas sociales, desde la más baja hasta la más

alta (la nobleza). Obviamente, la presencia de aristócratas de diversas procedencias regionales en la capital había sido algo consustancial a las conductas de las elites desde la época de los Austrias, por lo que el perfil de estos personajes sea tal vez el que menos llame la atención del lector. Sin embargo, sí despiertan gran interés las carreras vitales de los inversores, empresarios y profesionales liberales que fueron resultado de la modernización económica que trajo consigo el régimen liberal porque son un claro reflejo de la renovación de las clases productivas urbanas. A través de un ejercicio de análisis histórico en el que se mezclan la prosopografía y la microhistoria podemos comprender cómo se produjo ese interesante fenómeno tomando como caso de estudio el de los vascos en Madrid.

En el último capítulo observamos a ese grupo humano en su vida más privada, en la que la familia se constituye en eje central y soporte mismo de la actividad migratoria. A través de la documentación archivística, la autora ha podido introducirse en los domicilios de aquellos que nos han dejado un rastro en los documentos para hacernos ver cuáles eran sus formas de vida y cómo se establecían las relaciones personales entre ellos (matrimonios, herencias). A la vez, nos presenta el contacto de este grupo social con la plural y diversa sociedad madrileña de la época, lo que nos permite entender la extensa red de relaciones trazada entre las elites tanto locales (madrileñas) como de diversa procedencia que poblaron el Madrid del siglo XIX.

En definitiva, este estudio sobre la Congregación de San Ignacio es una muy recomendable guía para introducirse en el conocimiento del siglo XIX pues a través de él entenderemos tanto la naturaleza del colectivo humano que se aglutinó alrededor de esta corporación como las actividades periféricas que se derivaron de sus actuaciones.

Raquel Sánchez García
Universidad Complutense de Madrid
raquelsg@ucm.es